

El psicoanálisis en las instituciones: Le hablo a las paredes!

Silvana Tagliaferro, por Cartel de Clínica

El 4 de noviembre de 1971 Lacan acepta la invitación de desplegar su enseñanza en Saint Anne, para hablarle a los residentes, su interés era hablarle a psiquiatras y por cierto no todos eran psiquiatras, con lo cual lanza el primer blow: *“Esto quiere decir que es un acto fallido. Es un acto fallido que entonces, en todo momento corre el riesgo de lograrse, es decir, que de todos modos, le hable a alguien. ¿Cómo saber a quién le hablo?”* Se darán cuenta que no habla ahí donde esperaba hablar. Además contaba hablar en el anfiteatro Magnam y habla en la capilla. Segundo blow: *“Hablo en la capilla, es decir a las paredes! Cada vez más logrado, el acto fallido! Ahora sé a quién le vine a hablar: a lo que siempre hablé en Saint Anne, a las paredes!”* Y arroja un chiste:

Lacan: -¿Quién tiene algo para decir?

X: - Deberíamos salir todos si les habla a las paredes.

Lacan: - ¿Quién?...Quién me habla ahí?

X: - Las paredes.

Lacan: -Es ahora cuando voy a poder hacer el comentario de esto, de que hablando a las paredes, se interesan algunas personas... Es seguro que las paredes en lo que se llama, lo que se llamaba el asilo clínico, las paredes, a pesar de todo, no son poca cosa”¹.

Desde la primera reunión que sostuvimos con el *Cartel de clínica* surgió la pregunta acerca de *la posibilidad del psicoanálisis en las instituciones*. Así fuimos

interrogándonos por la partícula de *disyunción o conjunción* que se lee entre psicoanálisis e instituciones, tanto para el ámbito del hospital, universidad, unidades carcelarias, ámbito educacional, entre otras.

Que nos encontremos preguntándonos por el psicoanálisis en dichos muros es en tanto entendemos, no tiene que ver con una posición doctrinaria de algunos profesionales sino con una comunidad de experiencia. Donde lo que diferencia a la intervención analítica de la de un psiquiatra o de un psicólogo, no es el título de grado sino la inscripción a una ética en relación al acto, una ética del deseo.²

Por esto, comencé hablando de una experiencia, la de J. Lacan en Saint Anne, sitio donde sabemos se encuentra con su *Aimé* que lo llevará al psicoanálisis. Es en una experiencia, en la experiencia psicoanalítica, donde podemos comenzar a dar la *razón de las paredes*³.

¿Por qué J. Lacan nos dirá “*dar la razón de las paredes*” y no dice: dar la razón a las paredes? ¿Cuál podría ser *la razón* de que nos interese en los muros? Las instituciones, las instituciones de salud pública, está demostrado en el libro “*El nacimiento de la locura*” de Foucault, surgen como efecto de un servicio social. Para excluir al loco y todo aquello que no entra en la regulación de un sistema. Aquí podríamos *dar las razones*, haciendo histórico el surgimiento y creación de ciertos espacios en determinado momento.

Hablando de paredes podríamos situar “el mito de la caverna” de Platón⁴. Esa cueva por donde el resplandor del fuego hace que los hombres, desde el nacimiento prisioneros y obligados a mirar las paredes, lleguen a creer que lo que miran, esas sombras que se proyectan sobre el muro, son reales. Bastará que uno salga por alguna grieta para que encuentren que lo cotidiano, lo habitual se conmueve. Platón hará entrar nuevamente al prisionero liberado, el que tendrá ciertas dificultades al salir. Ante el impacto de la luz buscará el reflejo y asombrado *contemplará la policromía que ignoraba existía*. Al volver a entrar y dar cuenta de esto lo tomarán por loco. Incluso el filósofo avanza más, lo amenazarán de matarlo si los liberan. No quieren saber, porque *atravesar el muro pone en juego la castración*, en tanto toca cierto real, la condición mortal.

Sin embargo, “*dar la razón de las paredes*”, entiendo no es por una vía que torne el discurso que allí se despliega, ni histórico ni mítico, sino que se trata del discurso que constituye ahí algo de real.⁵

Los muros no hacen sino rodear un vacío. Y esto va desde la figuración de una caverna a lo que ya establecía Freud con su sueño inaugural donde sobre el agujero de una garganta un saber se extrae del sujeto mismo. Un saber supuesto, caduco, restos de saber: el inconsciente.

“Miren el muro”⁶ decía Leonardo da Vinci y veremos que hay *manchas* de humedad que incluso hasta pueden transformarse en *madonna*, en atleta musculoso o en última cena prestándose para la creación artística, donde los muros devienen murales. Pero no intentamos aquí sino acentuar la *función de la mancha*, eso que viene sobre el muro, no solo el moho sobre la pared sino los surcos de la palabra y también del discurso.

Sobre el muro se escribe y esto no hace sino reforzar el muro. Pero es porque algo se escribe sobre las paredes, incluso *cartas de amor*, por lo que podemos dar un paso más de lo que se debe mirar más allá del muro. Y más allá del muro no hay sino lo real, en tanto imposible, lo imposible de alcanzar más allá del muro.

Las paredes pueden haber surgido para excluir pero muchas veces es la institución la que se ofrece como morada para quien se encuentra excluido de su decir, también hacen resistir y es con resistencia que un decir emerge, pudiendo encontrar un nuevo abordaje por el discurso psicoanalítico.

Lo real de la institución, se trate de la que se trate, producirá un choque que descompleta. Impacta en el cuerpo de quienes lo habitan y lo recorren. Tendrá que ver con su situación en relación a las paredes, situación que se define por la posición que cada uno le otorgue a lo que en ellas resuena.

“Dar la razón”, entonces, en tanto resonancia, porque para que la palabra resuene tiene que haber resistencia y cierta abertura que la haga emerger. Y lo que posibilita dicha hiancia, dicha grieta no es sino el “*no saber*”, esa otra cara de la ignorancia que no es preciso entenderla siempre como pasión, ni como déficit. Ese “no sabido” irrumpe como hallazgo que despierta y despabila una función.

El inconsciente freudiano si hay algo que subvierte es la estructura del saber. La bandera que levanta es la del “no saber” ligando de otro modo la ignorancia al saber, insisto no como minusvalía, sino como un saber que tendrá otro estatuto haciendo emerger un nuevo discurso, no fácil de sostener.

Ese hallazgo del “no saber” ligado a una hiancia, la de la castración, que subvierte, *despierta del adormecimiento que lo institucional*, vale para todo agrupamiento, produce como efecto grupal.

Ese nuevo discurso no hace sino afirmar que para que haya oportunidad de analista hace falta cierta operación que llamamos, experiencia analítica, que traiga al *objeto a* al lugar del semblante. Que el analista se deje ubicar en el lugar que el analizante le otorga en la transferencia. Y esto no podría hacerlo sin los otros elementos reductibles en una cadena significativa. Si el sujeto y lo que llamamos el significante amo y lo que designamos como cuerpo del saber no estuviesen repartidos en las cuatro puntas de un tetraedro. Sin estos cuatro puntos no hay discurso. Pero que se diga efecto de discurso propiciador del *lazo social*, no es por la consistencia que podríamos imaginar en las cuatro puntas, incluso las cuatro patas, cual taburete donde apoyarnos. Si hay efecto discursivo lo que introduce es una *spaltung* por donde se asegura un real que sostiene todo este discurso.

Varios fueron y son los analistas que dan cuenta de una experiencia fundada en instituciones. Ellos ya responden en acto a la pregunta por la posibilidad del psicoanálisis allí.

Si dicha práctica tiene efectos, tal vez sea en tanto la posición analítica es efecto de discurso. Y éste no es más que una “operación de generador”, donde no es que el analista apunte a sostener el *objeto a* como agente sino que es llevado ahí, es llevado a eso por su analizante.

No se tratará sólo de los condicionamientos, que los hay, que las paredes imprimen en quien ejerce su práctica en dichos muros sino de la existencia para cada quién del inconsciente, de la posibilidad que cada quién otorgue a la emergencia de un sujeto en el decir.

La práctica del psicoanálisis en una institución confronta con legalidades particulares que más de una vez condicionan la demanda y produce obstáculos cuando el analista debe posicionarse como tal. Pero dicha escena no deja de ser sino un espacio propicio donde interrogar la posición del analista y precipitarlo al tener que inventar. Porque es en el *(a)muro* donde un discurso se sostiene, se trate de la práctica del psicoanálisis en instituciones o en la consulta privada. Esto supone agujerear el prejuicio de adjudicar todo el cobre a la práctica en instituciones y el oro a la práctica privada⁷.

Porque y para concluir:

“Entre el hombre y la mujer

Está el amor.

Entre el hombre y el amor

Hay un mundo.

Entre el hombre y el mundo,

Hay un muro.”⁸

¹ J. Lacan, Seminario “El saber del psicoanalista” 1971-1972. Charlas en Saint- Anne. Clase del 6-1-72.

[2](#) Eva Lerner, prólogo “El oro y el cobre” Carlos Paola. *Ed. EFBA*. Colección: Textos de autor. Año 2008

[3](#) J. Lacan, Seminario “El saber del psicoanalista” Clase del 6-1-72.

[4](#) Platón “La república” Cap. VII

[5](#) J. Lacan, Seminario “El saber del psicoanalista” Clase del 2-12-71

[6](#) *Ibíd.* Clase 3-2-72

[7](#) Carlos Paola, “El oro y el cobre” *Ed. EFBA*. Colección: Textos de autor. 2008

[8](#) Antoine Tudal, “Paris en el año 2000”. Citado por J. Lacan tanto en su texto “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” Ap. III, Escritos 1, 1953, Ed. Siglo XXI como en el Seminario de referencia de este trabajo Seminario “El saber del psicoanalista” 1971- 1972. Charlas en Saint- Anne.